

# Cuando llegue la revolución habrá patines para todos

## Saïd Sayrafiezadeh



«El relato mordaz,  
piadoso, lúcido y  
agudo de una niñez  
insólita» *The Guardian*

«Sayrafiezadeh escribe  
con una fuerza y  
una perspicacia  
extraordinarias [...].  
En su prosa resuena  
como un eco el gran  
humor melancólico de  
Isaac Bashevis Singer»  
*The New York Times*

Traducción  
Álex Gibert

INCLUYE E-BOOK



**Cuando llegue  
la revolución habrá  
patines para todos**

**Saïd Sayrafiezadeh**

**Cuando llegue  
la revolución habrá  
patines para todos**

**Saïd Sayrafiezadeh**

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

A Karen Mainenti y Steven Kuchuck  
por su optimismo

# Capítulo 1

Mi padre está convencido de que la revolución socialista acabará por triunfar en Estados Unidos. Las revoluciones siempre son cruentas, dice, pero ésta será la más cruenta de todas. En un futuro no muy lejano la clase trabajadora (a la que pertenezco) colgará las herramientas, saldrá a las calles y someterá a la policía por la fuerza para apoderarse de los medios de producción e inaugurar una nueva era (la definitiva) de paz e igualdad. La revolución no es sólo inevitable, es inminente. No es sólo inminente, es muy inminente. Y cuando llegue la hora, mi padre estará a la cabeza.

Es tanta la urgencia de los preparativos que mi padre y yo apenas nos vemos, aunque los dos vivimos en Nueva York. Pasan las semanas, los meses, los años, y en cuanto empiezo a preguntarme si algún día volveré a saber de él me llega una postal desde Estambul o Teherán, desde Atenas o Mineápolis, adonde ha ido para participar en tal o cual congreso o pronunciar tal o cual discurso. «Está haciendo un tiempo magnífico», me escribe con una cursiva enorme, florida y optimista que ocupa todo el espacio disponible y le impide contarme nada más.

Pese a todo, mi padre y yo hemos pasado buenos momentos. Por mi dieciocho cumpleaños, el primero que celebré con él, me sorprendió con un *walkman* (que era, de lejos, el regalo más caro que me habían hecho nunca) y cuando cumplí los diecinueve pasé una semana entera con él y su mujer (la segunda) sacando fotos, viendo películas de vídeo y jugando al scrabble hasta las tantas de la madrugada. Mi padre es iraní y el inglés es su tercera lengua, pero ganó casi todas las partidas. También recuerdo un domingo de invierno en que dimos los dos un largo paseo hasta el acuario de Coney Island, donde nos sentamos envueltos por el aire gélido de la

tarde a contemplar una morsa que nadaba arriba y abajo en su estanque de hormigón. Luego fuimos a un café y yo, que estaba impaciente por mostrarle mis buenas maneras, le tiré una taza sobre el regazo. «Perdona, papá. Perdón, perdón, perdón». Durante mi primer año de carrera me llamaba los domingos por la mañana para ofrecerse a resolver cualquier duda que tuviera sobre la asignatura de Introducción al Álgebra. Para algo es profesor de matemáticas.

Aunque, por encima de cualquier otra cosa, mi padre es un miembro del Partido Socialista de los Trabajadores, un camarada. De hecho, es un camarada de peso y lo ha sido buena parte de su vida. Entre las muchas responsabilidades que ha asumido libremente está la de publicar libros, redactar artículos, pronunciar discursos, impartir clases de política o asistir a ventas de libros, manifestaciones, mítines, reuniones, piquetes, etc. Cuando cumplí los veinte mi padre comenzó a desaparecer bajo la inmensa carga de su trabajo revolucionario, sus llamadas se fueron espaciando hasta cesar por completo y nuestros encuentros festivos se convirtieron en los puntos y aparte ocasionales de largos párrafos de silencio.

Una noche de verano, cuando tenía veintisiete años, llevé a mi novia al Film Forum del West Village para ver un documental sobre el Che Guevara. Al salir nos encontramos a mi padre junto a las puertas del cine tras un mostrador sobre el que había expuesta una selección de libros de Pathfinder Press, la editorial del Partido Socialista de los Trabajadores: *Habla el Che Guevara*, *El Che Guevara se dirige a los jóvenes*, *Historia de la Revolución Rusa*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Delante del puesto había una pancarta con una cita manuscrita de Fidel Castro: «Antes triunfará una revolución socialista en los Estados Unidos que una contrarrevolución en Cuba». Con la mano en alto, para que lo viera todo el mundo, mi padre sostenía el último número del semanario *The Militant*.

—¡Sidsky! —exclamó al verme.

Sidsky es el diminutivo ruso de Saïd que mi padre se sacó de la

manga para conquistarme hace tiempo y que le sigue funcionando a las mil maravillas.

— ¡Papá!

— ¿Qué te ha parecido la película?

— Me ha gustado.

— A mí también —dijo mi novia, que no era muy versada en política y ni siquiera había oído hablar del Che antes de que yo le contara quién era.

— Ya —dijo mi padre mirándola a ella y luego a mí; a juzgar por su expresión, era la respuesta equivocada; estaba por desdecirme y matizar mi opinión con alguna reserva, pero antes de que se me ocurriera qué decir mi padre agregó—: ¿Qué os parece si vamos a cenar? Conozco un buen restaurante aquí al lado.

Acepté entusiasmado, por supuesto. El problema era que él tenía que quedarse hasta que acabara el siguiente pase del documental, que duraba hora y media, guardar los libros que no hubiera vendido y recoger el puesto. De modo que mi novia y yo nos fuimos caminando a mi estudio, que queda a catorce calles del cine, y nos sentamos a esperar junto al teléfono tratando de controlar nuestro apetito, que crecía por momentos. Cuando mi padre se decidió a llamar fue para decir que lo sentía, que habían convocado una reunión de última hora y le iba a ser imposible, pero ahora teníamos los tres una cena pendiente y nos veríamos muy pronto, sin falta, prometido.

— Te veo contrariado —dijo mi novia rodeándome con sus brazos para darme un beso de consolación.

— Qué va —dije, pero lo estaba.

En aquel preciso instante sonó el teléfono. Era mi padre. La reunión de última hora se había pospuesto y podíamos ir a cenar. De hecho le hacía mucha ilusión y preguntaba si tardaríamos mucho. Así que salimos volando y cruzamos las catorce calles de vuelta hasta un restaurante del Village que había cerca del Film Forum,

donde despachamos con mi padre una buena comilona mientras él nos aclaraba todo lo que no habíamos entendido del documental.

La relación con mi novia se me hizo claustrofóbica al poco tiempo. No llevaríamos más de un año juntos, pero el entusiasmo se había esfumado y sus muestras de cariño me resultaban cada vez más cargantes. Cuando la perdía de vista unos días y me preguntaba si la había echado de menos, me deleitaba cruelmente con no poca indiferencia. Corté con ella frente a *Los nenúfares* de Monet, en el Museo de Arte Moderno, donde habíamos dado comienzo a un fin de semana en casa de sus padres, al norte del estado, que prometía toda suerte de diversiones. Fue por aquella época cuando mi padre se divorció de su segunda mujer tras diez años de matrimonio. Mientras yo me pudría en mi soledad incapaz de acumular el valor necesario para invitar a salir a nadie y cada fin de semana volvía a sentarme solo y triste en la primera fila del Film Forum, mi padre salía con un sinfín de mujeres, comenzando por una camarada de veintiocho años.

La siguiente vez que lo vi fue en un piso que había alquilado en Brooklyn. Era un verdadero cuchitril y necesitaba una buena mano de pintura, pero eso a mi padre le traía sin cuidado. Se había instalado ahí hacía más de medio año, pero el piso tenía un no sé qué de deshabitado, de provisional, como si acabara de mudarse o estuviera a punto de hacerlo. En el salón apenas había un mueble aparte del gran escritorio donde se amontonaban los informes del partido. Junto al escritorio agonizaba una planta y tras él se alzaban dos estanterías: la primera alojaba los cuarenta y cinco tomos de las obras completas de Lenin, incluida su correspondencia familiar; la segunda, los cuarenta y nueve tomos de las obras completas de Marx y Engels, que también incluían su correspondencia familiar. Ambas colecciones se las había regalado por Navidad su segunda mujer antes de que el matrimonio se fuera a pique. Aún recordaba aquellas Navidades, las habíamos pasado juntos. En la penumbra del salón,



junto a la planta moribunda, me pregunté si mi padre habría tenido tiempo de leerse todos aquellos mamotretos y si haría bien en leerlos yo también.

Mi padre me abandonó a los nueve meses de nacer y durante los siguientes dieciocho años, salvo en contadas ocasiones, no lo vi ni supe nada de él. «Mahmoud se fue a luchar por la revolución socialista mundial», me decía mi madre, resuelta y orgullosa, cuando era niño. Mahmoud. En los labios de mi madre el nombre sonaba siempre exótico y distinguido, como debía de sonar el mío. Ella, en cambio, había de conformarse con el de Martha Harris. Antes de Harris se llamaba Finkelstein, el nombre de una judía norteamericana criada en la pequeña ciudad de Mount Vernon, Nueva York. Las lealtades y deserciones eran múltiples, por supuesto.

En cualquier caso, la explicación de mi madre se sustentaba sobre una base inalterable: la separación era provisional y mi padre regresaría a su lado en cuanto triunfase la revolución socialista. Por tanto era sólo cuestión de tiempo. Ninguno de los dos osábamos expresar aquel dogma transparente e inmaculado que suscribíamos en silencio como dos amigos que comparten un secreto vital. Así pues, desde la noche en que mi padre se fue mi madre se preparaba para su vuelta sacrificando su vida sexual y afectiva, sin molestarse en buscar otro marido o un padre de repuesto para mí. Accedió incluso a seguir casada con él para que pudiera continuar viviendo y trabajando legalmente en Estados Unidos. Por lo demás, siguió militando en el Partido Socialista de los Trabajadores con el mismo empeño, siguió luchando por la revolución con una voluntad implacable que pulverizaba cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Si la revolución era la respuesta, ella haría todo lo que pudiera para hacerla realidad.

Como es natural, para mí era un consuelo inmenso pensar que aquel padre incógnito no era un hombre cualquiera que nos había

dejado tirados sino un aventurero idealista al que no le había quedado más remedio que partir, y sucumbí alegremente a la versión de los hechos que me ofreció mi madre. Era sólo un capítulo más de la abrumadora hagiografía paterna que mamé durante mi infancia y que, de hecho, me ha acompañado hasta el día de hoy.

Mantener en pie el andamiaje de la historia requería gran esfuerzo, sin embargo, y a veces mi madre perdía el hilo del relato. «Mahmoud me avisó de su partida con tan sólo veinticuatro horas de antelación», me confiaba a veces en momentos de reflexiva sinceridad. Y había en su voz un dejo de disculpa, como si le doliera confesar un detalle tan desagradable acerca de un hombre de la talla de mi padre. Era una de las pocas críticas que mi madre le dirigía, pero refleja otro de los temas que acabarían por marcar mi infancia: mi madre como víctima del mundo, mi madre a merced de los poderosos. Poderosos que, por extensión, controlaban también mi vida y la de los trabajadores que habían tenido la desgracia de nacer bajo el yugo del capitalismo.

«La raíz del sufrimiento hay que buscarla en el sistema capitalista —me explicaba—. Para acabar con el sufrimiento es preciso acabar con el capitalismo.» Lo que a su vez implicaba que luchar por remediar las desdichas de un individuo (detrás del cual se apiñaban millones de personas tanto o más miserables y necesitadas) era un esfuerzo vano y un grave desperdicio de energía. Se contaba de Lenin que, durante una hambruna atroz que asoló la región del Volga, donde pasó su juventud, se negó por principio a ofrecer cualquier tipo de ayuda a los enfermos y los hambrientos, incluidos los campesinos que trabajaban en sus tierras, puesto que aliviar aquel sufrimiento podía frenar la marcha de la revolución que se avecinaba (revolución para la que, por aquel entonces, faltaban aún veinticinco años).

La filosofía de mi madre, por insensible y obstinada que pareciera, iba acompañada de un hondo sentimiento de compasión que se

apoderaba de ella por múltiples cauces y con asombrosa rapidez. A menudo rompía a llorar por la opresión que habían de padecer los palestinos o la heroica lucha de Fidel Castro contra el imperialismo americano o la muerte de un chico negro a manos de la policía. «¿Sabes lo que le hizo la policía al pobre?», me decía retorciendo las manos y transpirando acusación por todos los poros, como si la culpa fuera mía. Y se encendía aún más cuando pensaba en la indiferencia y despreocupación de los ricos. Cuando paseábamos por los barrios pudientes me señalaba la primera mansión que veía, alguna con chimenea y el cochazo de turno aparcado a la entrada, y decía con desprecio: «Mira cómo viven esos paletos, a todo tren». Yo miraba la casa, despreciaba a sus moradores por todo lo que tenían y me despreciaba por todo lo que me faltaba. Y en el fondo, en lo más profundo de mi alma, me despreciaba por desear lo que veía.

Mi madre y yo éramos pobres. Vivíamos en un mundo de miseria, pesimismo y amargura donde arreciaban las tormentas y una manada de lobos aguardaba en el umbral, arañando la puerta. Cada dos por tres me decía que íbamos retrasados en el pago del alquiler, que se olía que iban a despedirla o que el precio del pan volvía a subir: todas pruebas irrefutables de la injusticia del capitalismo que no hacían sino justificar nuestra heroica lucha revolucionaria. La exageración de nuestras privaciones rayaba a veces en el absurdo, como cuando mi madre se quedaba a las puertas del supermercado y pedía los anuncios con descuentos del periódico a los clientes que salían. O cuando se llenaba la mochila de toallitas en la sala de espera del médico. O cuando se apostaba conmigo frente a la biblioteca y me daba instrucciones precisas para devolver montones de libros cuyo préstamo había vencido y salir corriendo. Luego alardeaba entre sus camaradas del magnífico cómplice que era su hijo. Y si alguna vez se me ocurría poner en duda su falta de honradez, sentenciaba: «Un delito contra la sociedad es un delito justo».

Una vez me armé de valor para pedirle que me comprara un

monopatín (por aquella época hacían furor) y le di tanto la lata que accedió a acompañarme a los grandes almacenes. En la sección de deportes había un enorme contenedor metálico repleto de monopatines de colores chillones junto a un cartel que decía «10,99 \$».

—Quiero el verde —le dije.

—Cuando llegue la revolución habrá patines para todos —me anunció—. Los patines serán gratuitos.

Dicho lo cual me cogió de la mano y me sacó de allí. Yo me dejé llevar perdido en mis ensoñaciones, imaginando con gran lujo de detalle un mundo de colinas onduladas cubiertas de hierba donde siempre era verano y miles de chicos subían y bajaban por las rampas con sus monopatines.